

Las comunidades de retornados, más difícil todavía

Manuela Camus Bergareche*

Las perpetuas “nuevas comunidades” y el movimiento del retorno

Este es un breve recuento de los esfuerzos de la población retornada y sus “nuevas” comunidades, que son parte de los heterogéneos colectivos de víctimas de la violencia y la guerra. A las comunidades de retornados del refugio en México tendemos a comprenderlas como “nuevas” comunidades, producto del esfuerzo de los refugiados guatemaltecos en México. Pero su historia es más larga, y es preciso hacer el recuento de los esfuerzos continuados por más de medio siglo de “hacer comunidad”.

Como definieron Lovell y Lutz, los pueblos mayas son “sobrevivientes en el movimiento” porque históricamente debían moverse entre diferentes pisos ecológicos para subsistir, y en su versión actualizada “los retornados” representan el sostenimiento creativo de comunidades expuestas a las circunstancias más insólitas y el caminar más infatigable. Estas poblaciones provienen de una larga sucesión de movilidades en la búsqueda de recursos que son diferentes pruebas de salidas “sin salida”.

Para no hacerla larga, se puede iniciar esta historia a fines del siglo XIX con la transición de los pueblos de indios de la colonia a los pueblos de mozos con el liberalismo republicano. Entonces se impuso la lógica del municipio como reguladora de las relaciones sociales, identitarias, territoriales, administrativo-políticas... y se dieron los pasos complementarios de la privatización de tierras, la penetración ladina y las políticas de trabajo forzoso. Se instaló el “sistema minifundio-latifundio” funcional a la explotación del café para la exportación, debido al cual los indígenas del altiplano guatemalteco debían bajar a las fincas de la costa y boca-costa de Guatemala y Chiapas de manera cíclica, ya que sus pequeños terrenos de milpa no eran suficientes para su subsistencia. Si algo ha quedado marcado a fuego en la memoria de los ancianos mayas de Huehuetenango es la experiencia en las fincas: las de café y algodón de Guatemala, las de café y cacao en el Soconusco y en Chiapas, así como el trabajo forzado en las obras de infraestructura de Guatemala. El agravio, la discriminación, el maltrato, el racismo, las humillaciones por la extrema dependencia de este recurso complementario a la economía agrícola se han transmitido de manera recurrente y extensa.

Los indígenas mayas del noroccidente buscaron alternativas a la vida comunitaria “tradicional” sometida al minifundismo y a la necesaria migración a la costa guatemalteca. En un intento

* Centro de Estudios de Género, Universidad de Guadalajara.

por salir de este círculo, desde finales de la década de 1950 avanzaron en el arrendamiento y la colonización de tierra caliente. La institucionalización de este esfuerzo se produjo con la misión colonizadora de las tierras del Ixcán en 1964, donde la Iglesia con la orden de los Maryknoll tuvo un importante papel promotor. Esta válvula de escape hacia la frontera agrícola del norte del país suponía un inmenso esfuerzo de invención de comunidades que aspiraban a crear una convivencia en la utopía social de “la tierra prometida”, la cual marcó ese periodo modernizador y desarrollista en el mundo.

Estos proyectos se vieron desbaratados por el Estado guatemalteco y su ejército, y sus impulsores se vieron forzados a huir por la represión militar a principios de la década de 1980. Los departamentos del noroccidente de Guatemala fueron escenarios donde las matanzas y el genocidio se aplicaron con más saña. Sus pobladores debieron sobrevivir en la desbandada por las montañas y buscar la frontera mexicana. En un intento de rehacer su vida en esta línea fronteriza, escaparon de nuevo por las incursiones de los militares guatemaltecos. En su tenacidad de colectivo continuaron reconstruyendo sus comunidades en el refugio de México, donde han pasado por diferentes etapas y asentamientos, y en un momento dado fuertes contingentes se trasladaron a otros estados, como Quintana Roo o Tabasco.

El retorno organizado y las comunidades ordenadas

El 8 de octubre de 1992 se firmaron los acuerdos entre las Comisiones Permanentes (CCPP) y el gobierno de Guatemala por el retorno colectivo y organizado. Este hecho inauguró un periodo de enormes expectativas sobre un regreso a unas tierras de las que fueron desterrados y despojados con violencia y adonde esperaban regresar imaginando una comunidad campesina donde se restituyera su ciudadanía arrebatada. El primer retorno –el más publicitado– se ejecutó en 1993, pero en 1995 ocurrió el grueso de los regresos.

El retorno fue posible por el épico ejercicio de coordinación de las CCPP que, creadas en 1987, representaron el sentido de grupo que les generó el refugio. En éstas entendían que su adaptación a las diferentes realidades y contextos desde una capacidad organizativa ejemplar permitía referirse al “retorno” como un movimiento social e histórico, con un proceso de experimentación política propia y amplia. Con todo, desde el inicio la concertación de poblaciones dispares, con experiencias, liderazgos políticos y ubicaciones geográficas diferenciadas en el refugio de México, tuvo tensiones. Tanto personas como grupos familiares,

los repatriados habían optado por el regreso silencioso a sus lugares de origen. Y en el retorno planificado tuvieron que distinguirse en tres vertientes que soterraban tres estrategias de dirección de las guerrillas faccionalistas. Es importante recordar la politización extrema que implicaba la existencia de los refugiados y sus demandas de retorno organizado y colectivo para los gobiernos guatemalteco y mexicano, el ejército, las organizaciones guerrilleras y las instancias internacionales y nacionales de desarrollo. Los resultados y experimentaciones del asentamiento fueron tan diversos que aquí me referiré en genérico a quienes desempacaron con la vertiente noroccidental en territorios de Huehuetenango, Quiché y Alta Verapaz.

Los distintos colectivos de esa vertiente entraron a sus espacios de pertenencia, aunque las tierras que se les destinaron se hallaban de nuevo en el ojo del huracán. Unos regresaron a las cooperativas de las que fueron expulsados en Ixcán; a otros se les ofrecieron tierras nacionales o financiadas por medio del Fondo para la Reinserción Laboral y Productiva de la Población Repatriada (Forelap) o por el Fondo Nacional de Tierras (Fonatierra) en esta franja norte. Pero la frontera agrícola estaba cubierta y los terratenientes vendieron las tierras menos rentables.

En muchos casos no fueron bien vistos por los vecinos, bien porque sus tierras estaban siendo ocupadas por otros campesinos que se apoderaron de sus propiedades –con la aprobación del ejército, que legitimaba hacerse con los bienes de los desplazados como botín de guerra–, bien por poblaciones también víctimas del desplazamiento, como las comunidades en resistencia, o bien porque eran colonos hostiles de las fincas vendidas o vecinos envenenados por el señalamiento de los retornados como una amenaza.

No era fácil empatar un proyecto en común y las hostilidades podían ser explosivas. El caso más dramático fue la matanza de 11 retornados por una patrulla militar en Xamán, Alta Verapaz, en 1995, cuando se disponían a celebrar el año de su regreso. La reingeniería socioterritorial en el lento proceso de reinserción a la vida nacional de repatriados, desplazados y retornados se ha producido con muchas tensiones.

El impacto de los regresos ha sido muy fuerte. El mapa de la composición poblacional de estos departamentos se ha modificado de forma radical por varias innovaciones. Se constituyeron unas comunidades “de diseño” porque había un ordenamiento previo de los espacios (las viviendas, las calles, el centro, las parcelas), pero esto no se acompañó de un mayor desarrollo urbanístico. Con un composición multiétnica, hasta ahora las comunidades indígenas se ha-



bían caracterizado por la endogamia y una población etnolingüística específica, pero ahora eran heterogéneas, lo que dificultaba la convivencia étnica fluida.

Como sujetos diferentes a los del entorno, la experiencia mexicana los había transformado. La forma de vestir de las mujeres tenía que ver con la adaptación a las tierras calientes y a Chiapas; había una mayor libertad en la indumentaria y la mayoría de las mujeres iban “revueltas” entre el corte y unas faldas largas de telas estampadas frescas, con la extensión del uso de la blusa y la playera. Cargaban morrales que aprendieron a hacer en el refugio y bisutería de chaquiras que también elaboraban ellas mismas.

El paso por el refugio supuso la alfabetización y capacitación de muchos adultos, en especial mujeres. Se puede considerar que los retornados eran un grupo no sólo alfabetizado, sino con un nivel de capacitación formal alto. Manejaban además una identidad nacional frente a los mexicanos que superaba la tradicional referencial del municipio de origen, aunque al mismo tiempo se hubieran “mayanizado”.

Era un poblado rural y se encontraban volcados en el intenso trabajo en las parcelas. Cultivaban maíz, frijol, café, cardamomo; tenían palos de frutas, criaban todo tipo de animales domésticos. Había un mundo de actividades necesarias para la supervivencia cotidiana donde, en un inicio, no había luz, ni líneas telefónicas, ni drenajes; tampoco espacios de ocio ni otros servicios. Apenas unos pocos almacenes con los productos e instrumentos elementales: botas de aguas, baterías, machetes, nailon o pita y cerillos.

Trataban de diversificar los cultivos y combinar la auto-subsistencia y su comercialización, pero alejados de cualquier mercado y con escasas posibilidades de monetizarse, el intercambio se dificultaba, así como el abastecimiento de verduras frescas y carne.

El poder en las cooperativas

Las nuevas formas organizativas establecidas con el retorno colectivo y organizado solían basarse en el establecimiento de cooperativas o asociaciones. En la repartición de la finca comprada se concedieron terrenos básicamente iguales para la vivienda y las parcelas de cada familia. Los hijos quedaron en el terreno del padre, sin derecho a uno propio. Todos ellos enfrentarían problemas con los créditos, proyectos errados, acuerdos incumplidos, deudas, cultivos fracasados. De modo que la escasa vocación agrícola de las tierras y los límites de las reparticiones a futuro en comunidades con un alto nivel de natalidad eran problemas graves.

En términos de participación social, se hacía gala de una organización interna que permitía sobrevivir en el refugio y en el retorno. Todas las personas cumplían con sus responsabilidades comunitarias bajo estrictas normas. Los miembros se repartían distintas funciones: policías auxiliares, miembros del consejo de administración de la cooperativa, promotores de salud y comadronas. De parte de la Iglesia había catequistas y un consejo comunitario. Los maestros comunitarios o los marimbistas eran personas importantes.

Los miembros de las juntas directivas tendían a hacer valer su papel de adultos patriarcales frente a las transformaciones sociales que se vivían en el refugio, donde mujeres y jóvenes reclamaban espacios de participación. En muchos lugares se dieron tensiones respecto a la concepción misma de la comunidad y el acaparamiento del poder en la junta directiva. El asambleísmo que funcionaba en el refugio aquí se transformó en formas de gestionar el poder más conflictivas. La toma de decisiones se centralizó y verticalizó. Las juntas son pequeños Estados dentro del Estado: crean sus propias prisiones, sus reglas y llegan a vender bienes de proyectos comunitarios. Paula Worby señala que se permitieron formas violentas y agresivas contra otras organizaciones comunitarias, y familias enteras fueron expulsadas de la comunidad, algunas por acusaciones de brujería, tráfico de drogas o robos de parte de alguno de sus miembros, a veces por consenso comunal, pero a menudo por la manipulación de acciones colectivas de algunos líderes.

Las mujeres de Mamá Maquín

La experiencia de las mujeres en este refugio fue muy rica. Llegaron con transformaciones radicales gracias a la formación obtenida en términos de alfabetismo, de conocimiento de sus derechos como mujeres, de profesionalización incipiente en salud, de talleres de radio. Eran productoras de tejidos y de artesanías. Sus expectativas pasaban por reclamar la copropiedad como base de relaciones más equitativas con sus contrapartes masculinas. Entre las organizaciones de mujeres refugiadas en México, Mamá Maquín es de las más conocidas. Surgida de un encuentro en Palenque en 1990, para promover la voz de las indígenas y campesinas y en demanda de la igualdad de género, el nombre es un homenaje a Adelina Caal Maquín, lideresa asesinada en la matanza de Panzós de 1978, cuando campesinos *q'eqchi'* reclamaban por los abusos de los finqueros y su derecho a la tierra. En 1993 Mamá Maquín tenía presencia en 85 campamentos de Chiapas, con más de siete mil mujeres.

Desde los inicios de Mamá Maquín fue muy fuerte el recelo de los hombres y de las propias comisiones permanentes hacia estas mujeres organizadas. Tal oposición se destapó con el reinicio de la vida comunitaria en Guatemala, que entretuvo a las mujeres en estas urgencias. Era una situación extrema frente al lodo, las dificultades y la lejanía; había que levantar viviendas, preparar caminos, organizar trabajaderos, hacer y distribuir alimentos, establecer mecanismos para la salud, para el agua potable... Fueron actividades tan absorbentes, que las mujeres abandonaron la aportación organizada propia que desarrollaban desde el refugio, y esto se aprovechó en su contra. Los líderes masculinos consideraron que México había quedado atrás y que el mando quedaba en las juntas de gobierno, restaurando un pasado de orden patriarcal y autoritario que se ensañó contra los sueños de las mujeres, que fueron criminalizadas. Las amenazas de violaciones y de muerte, la quema de sus sedes, el ostracismo y la expulsión de familias opositoras fueron constantes. La regresión y la represión se aliaron y las mujeres volvieron a verse despojadas o minimizadas en su voz y sus demandas de autonomía con la copropiedad de la tierra y la participación en las cooperativas.

María Mateo, lideresa de Mamá Maquín en Nueva Generación Maya, Barillas, lo cuenta:

En México no era así. En México hicimos un papel muy importante. Aquí no nos hicieron caso. En el 99 fue cuando nos iban a linchar a nosotras. Es una asamblea grande de más de 600 hombres y mujeres, era una asamblea obligada para todos. [En la misma quisieron monopolizar la gestión de los proyectos que Mamá Maquín tenía.] Y en la asamblea, cuando miramos, van pasando todos los comités de mujeres: "Señores, si ya van a terminar nuestra organización, aquí termina la tienda, aquí termina el molino, aquí terminan los pollos. Así como termina nuestra organización, así terminamos de trabajar ya. Dando nuestra mano de obra, tenemos hijos, y ustedes nos echan más tarea y nada nos reconocen, no valoran nuestro trabajo. Y ahora ya van a eliminar nuestra organización" [...] Hicieron un acta, nos obligaron a firmar: "Las vamos a linchar. ¿Por qué no traemos gasolina?" No les gustó a ellos que yo reclamara. "Firmamos nosotros los proyectos y ahora se aprovechan, ¡no les da vergüenza de aprovechar! Son proyectos de mujeres, a costa de nuestro sudor y nuestro trabajo." La junta directiva lo que quiere es acaparar con todo el dinero de las compañeras. Entonces dije yo: "Y si los

proyectos son de la cooperativa, ¿por qué chingados nosotras firmamos?, ¿por qué pusimos huellas? Firmamos los proyectos como mujer, es de nosotras los proyectos, no es de la cooperativa, porque las mujeres no somos socias ni tenemos derechos de la tierra".

Los límites del retorno y el contexto que se impone

Para las experiencias de comunidad de refugiados o de retornados, en México o en Guatemala, movilizarse por la necesidad de ampliar recursos ha sido la norma. Las comunidades no son económicamente viables. El intento de combinación de cultivos de subsistencia, de comercialización y de proyectos de ganado no funcionaron por la calidad de las tierras y su falta de vocación agrícola, la presión demográfica, las dificultades de comunicación y de accesos viables, la deforestación, la falta de apoyos sostenidos... Volvieron a un territorio estratégico, pero destinados a continuar como campesinos sin recursos al quedar aislados y no contar con la voluntad política de parte del gobierno de Guatemala. Aun tras haber adquirido niveles de educación formal por encima de los del campesino indígena guatemalteco, fueron quedando abandonados por unos y por otros, con sus problemas más empantanados y burocratizados.

Laura Hurtado critica que el reingreso a México se entiende como reunificación familiar o por el retorno de jóvenes hijos de guatemaltecos, pero mexicanos de nacimiento, obviando las causas políticas del fracaso de los Acuerdos de Paz y su institucionalidad, en especial del "Acuerdo para el reasentamiento de la población desarraigada por el enfrentamiento armado", firmado en junio de 1994. Se compró y accedió a la tierra, pero no se crearon las condiciones para el proyecto productivo. La tenencia de dinero fresco es un agobio diario para la mayoría de las familias. Los trabajos masculinos remunerados consisten en servir de mozos y albañiles en los alrededores. Las mujeres tienen más limitaciones; algunas tejen morrales para un mercado ya saturado o bordan huipiles o blusas para otras mujeres de la comunidad. Algunas son comadronas, otras se dedican a explotar molinos de nixtamal, tiendas o pequeñas pollerías.

Los miembros de las familias se mueven por las fincas de la región, de uno u otro lado de la franja fronteriza, por la misma relación que han desarrollado con México, que para ellos es un espacio enorme de oportunidades donde tienen una significativa extensión de redes parentales. El aprovechamiento laboral se produce tanto de forma temporal dentro de la agricultura-ganadería, como mozos cerca



de la frontera, o de forma más larga en lugares más lejanos en la construcción, hostelería u otros. México es una alternativa de trabajo, estudio, sanidad y hasta de matrimonio y residencia. Salen a Comitán, Cancún, Playa del Carmen y otros puntos de Chiapas en busca de dejar de ser cargas en sus casas. Se retiran de hacer gasto y compran su ropa, su comida y sus gustos. Pero también han ampliado sus territorios hacia Estados Unidos. Esta fuga hacia “el Norte” viene apareciendo desde la estancia en México y se ha ido extendiendo y afianzando como una experiencia más en el dilatado proyecto de asentamiento campesino. Laura Hurtado distingue que la migración a México se vincula con el deseo de acceder a condiciones de vida y de servicios que el país vecino ofrece, y en el caso de la migración a Estados Unidos son motivaciones de orden económico para inversión productiva. La primera es un hecho cotidiano y mantiene un flujo activo todo el año; se conoce y se tienen facilidades, redes y hasta papeles. Se va por “el consumo”. Mientras que la migración a Estados Unidos es de más largo plazo, como una estrategia de inversión productiva en casa, tierras, ganado, tienda, molino. Se va a “ganar”.

Ahora los motores del contradictorio reforzamiento-escape de la comunidad son los jóvenes, porque les resulta difícil aguantar el declive en las condiciones de vida y la ausencia de expectativas. La juventud con niveles educativos superiores a la media campesina guatemalteca se encuentra en fuertes aprietos. El proyecto de vida en un espacio tan difícil facilita que los jóvenes busquen otros lugares. No podemos olvidar el nivel de aislamiento que viven como tales en la comunidad. La organización comunitaria se ve afectada por la salida de tantos jóvenes porque tienen efectos sobre la distribución de los cargos y de los trabajos comunales. La familia tiene que arreglar después el tipo de pago y obligaciones a realizar por la ausencia del migrante.

A todo esto se suma la nueva condición de época impuesta por el capitalismo globalizador. Con la firma de la paz en 1996 y con el gobierno de Arzú, los bloques empresariales son los que gestionan el Ejecutivo. Su eje político es la privatización y se realiza toda una legislación que flexibiliza las concesiones de los recursos naturales dirigidas a un nuevo proyecto de acumulación. El proyecto de carretera de la Franja Transversal del Norte, que atraviesa de este a oeste las tierras donde se localiza una buena parte de las comunidades de reasentados, vuelve a estar en la mira por las inversiones estratégicas de los empresarios. Es la redefinición del modelo capitalista por medio

de los megaproyectos: construcción de hidroeléctricas y supercarreteras, minería a cielo abierto, extracción petrolera, explotación de recursos naturales, control del agua, centros turísticos, plantaciones de palma africana. La frontera sur de México con Guatemala adquiere una centralidad geopolítica al convertirse en una fuente de enriquecimiento y despojo para una nueva clase política, las transnacionales, los gobiernos y las élites económicas y militares, para las que el desarrollo social no es prioritario.

La experiencia de la “patria deseada” tampoco resolvió la estabilidad del grupo. Sus pobladores volvieron a perseverar en la fuga, ahora hacia otra tierra mítica: la del “Norte”, en otro esfuerzo de contribuir a la comunalización. Al mismo tiempo, se han visto involucrados como pueblos indígenas en la lucha por sus territorios frente a la ofensiva del capital. La supervivencia digna se mantiene como centro de su ser comunitario, y con esa dignidad apelan a toda la sociedad.

Bibliografía

- Cabarrús, Carolina, Dorotea Gómez y Ligia González, ... *Y nos saltamos las trancas. Los cambios en la vida de las mujeres retornadas guatemaltecas*, Guatemala, Project Counselling Service/Consejería en Proyectos, 2000.
- Falla, Ricardo, *Juventud de una comunidad maya. Ixcán, Guatemala*, Guatemala, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales, 2006.
- Hurtado Paz y Paz, Laura, “Factores determinantes de migraciones emergentes en comunidades de reasentados en Ixcán, 1997-2000”, tesis de maestría en desarrollo, Guatemala, Facultad de Ciencias Sociales-Universidad del Valle de Guatemala, 2001.
- Mateo, María y Manuela Camus, “Una mujer q’anjob’al de Mamá Maquín”, en M. Camus (ed.), *Comunidades en movimiento. La migración internacional en el norte de Huehuetenango*, Guatemala, Instituto Centroamericano de Estudios Sociales y Desarrollo/Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala, 2007.
- Worby, Paula, *Los refugiados retornados guatemaltecos y el acceso a la tierra: resultados, lecciones y perspectivas*, Guatemala, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales (Autores invitados), 2002.
- _____, “Después del retorno de los refugiados guatemaltecos: ¿nuevos caminos o viejos problemas?”, en Clara Arenas (comp.), *En el umbral. Explorando Guatemala en el inicio del siglo XXI*, Guatemala, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales, 2007.